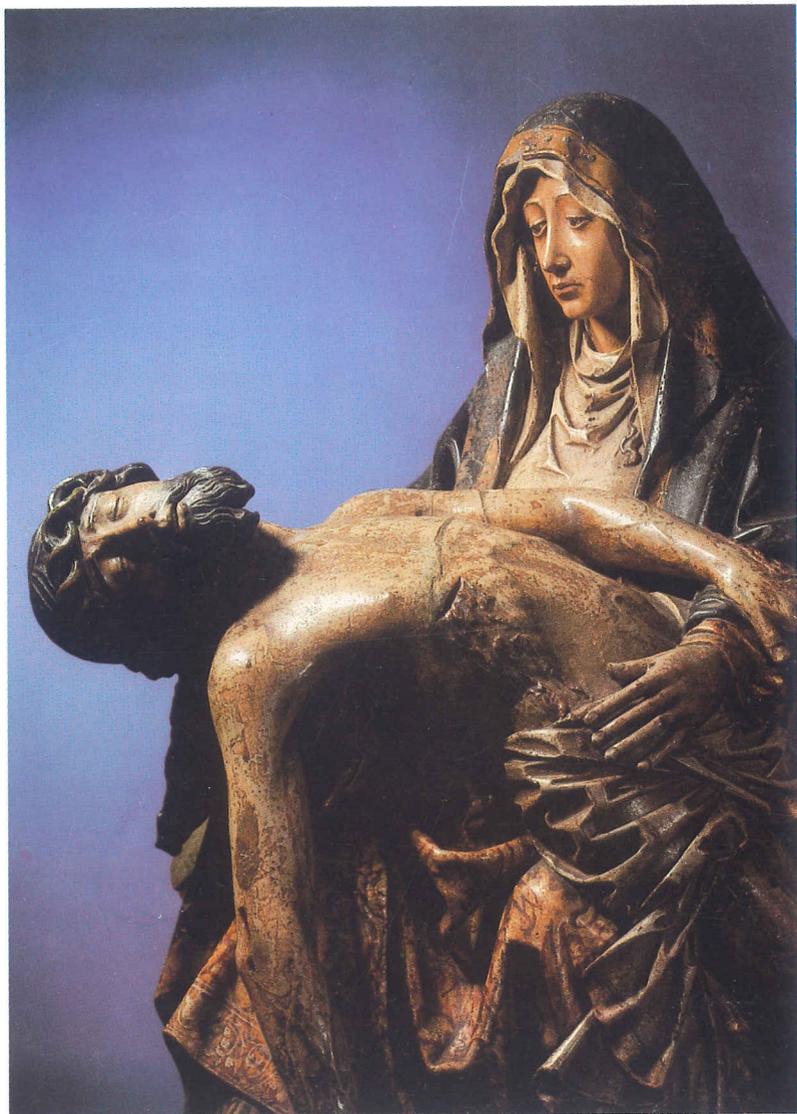


PREGON SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO

1990



PREGON DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
1990

PROCLAMA

Por la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo

Hago saber:

Que a las ocho y media de la tarde de hoy, siete de abril día del serenísimo San Juan Bautista de la Salle del año de gracia de mil novecientos noventa, ante la excelsa imagen de nuestra Virgen de la Soledad, por orden de esta VARA MAYOR, en presencia de autoridades, mayordomos, hermandades, cofradías penitenciales y pueblo fiel congregado en la iglesia de Santo Domingo, pronunciará el Pregón de nuestra Semana Santa, el muy esclarecido hijo de esta Ciudad, Investigador y ensayista de Filología Hispánica, en su rama de Literatura. Premio Internacional de Poesía Antonio Oliver por su obra «Celebración de la Luz», profesionalmente un creativo de la publicidad, ilustrísimo señor don Luis Alonso García.

Que la voz pública en la gloriosa y universal lengua cervantina lo airee y pregone por rúas, solanas y corrillos a toque de pardal y redoble de tapetanes.

Así lo mando y que así se cumpla.

El Presidente de la Junta de Semana Santa
FERNANDO DEL OLMO GONZALEZ

PRESENTACION

Con licencia del reverendo señor Párroco de Santa María y Santiago, don Gabriel Pellitero Fernández.

Muy ilustre señor Alcalde de la Ciudad de los Almirantes, consejeros del común, Excmas. e Ilmas. autoridades, hembras y varones de justicia, venerables Cofradías, Gremios y Hermandades de penitencia y pasión, carísimos mayordomos, hombres y mujeres aquí presentes.

Estamos a punto de iniciar las celebraciones de Semana Santa que afectan a nuestro pueblo de forma singular.

Para pronunciar el Pregón interviene el Ilmo. señor don Luis Alonso García que une a todos sus títulos, que son muchos, uno que para mí es el más importante el de ser hijo de Medina de Rioseco y por añadidura cofrade de la Virgen de la Soledad, broche de oro que culmina al término de la procesión del Viernes Santo.

A Luis tuve la oportunidad de escucharle en el pregón de las fiestas de San Juan, un pregón que identifica al personaje; un verbo desenfadado, coloquial, festivo, divertido y por supuesto una pieza ajustada a las fiestas de alegrías y jolgorio —le indiqué a su padre, que se hallaba junto a mí— Lázaro a tu hijo le tendremos en cuenta.

Y así la Comisión Superior le propuso pararegonero en este año.

Su vida profesional es ardua: centrado en sus estudios de Filología Hispánica en su rama de Literatura, es autor de ensayos literarios, poemas. A los treinta años obtuvo el Premio Internacional de Poesía

Antonio Oliver Belmás por su libro «Celebración de la Luz» recibido de la mano de la académica de la Lengua doña Rosa Conde.

«Celebración de la Luz» fue presentado públicamente en el Ateneo de Madrid por el poeta don Rafael Penagos.

Muchos de los poemas de la obra mencionada, fueron concebidos cerca de aquí, en Pozo Pedro.

Con esta actividad literaria, alterna en sus quehaceres el de la creatividad publicitaria, logrando en esta rama del entendimiento humano, premios nacionales e internacionales.

Quiero agradecer públicamente el que aceptaras ese encargo que nosotros lo realizamos, siguiendo una tradición que nos impusieron nuestros antepasados. Compromiso de honor que las Cofradías mantienen con espíritu de servicio y en tanto nos sea solicitado por estos hombres que dan vida a nuestras celebraciones.

Y nada más.

Luis, los riosecanos de corazón agradecemos tu presencia.

Que reine el silencio, el don más apreciado del genio universal de la gloriosa literatura española.

*FERNANDO DEL OLMO GONZALEZ
Presidente de la Junta de Semana Santa*

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE MEDINA DE RIOSECO DE 1990

Es como si de un malentendido se tratara. Que yo sea la persona elegida para pronunciar nada menos que el Pregón de Semana Santa de Medina de Rioseco, no puede ser sino el fruto de un asombroso y, para mí, conmovedor malentendido.

Supongo yo que en el momento de la designación había luna llena coronando los páramos, y las constelaciones ejercían un poderoso influjo, y los allí reunidos en cenáculo creyeron oír un improbable canto de sirenas. En medio de la fantasía reinante, los duendes se apoderaron de la escena. Debió ser en ese momento cuando alguien llegó a pronunciar mi nombre.

Puestas así las cosas, habrá que ser comprensivos e incluso benevolentes con quienes me eligieron pregonero, pues obra en su descargo el creer que actuaban inspirados por las musas; claro que debió tratarse de unas musas algo traviesas, como esas golondrinas casuales que se introducen alegremente en las iglesias por alguna rota vidriera, y en un vuelo caprichoso tejen y destejen indescifrables mensajes en el aire.

Y así fue cómo las musas, las ninfas y los faunos hicieron rodar los dados sobre la mesa de los designantes. Y el Espíritu Santo, sonriendo, consintió semejante travesura.

Así debió ser como fui nombrado pregonero. O al menos, así me gusta a mí creer que sucedió.

Responsables de tan discutible decisión son las personas que propusieron mi nombre, las que lo admitieron a trámite, las que dieron por bueno el nombramiento y, claro está, responsable último soy yo mismo que, por insensatez o vanidad —o por ambas cosas—, no fui capaz de resistir la tentación y acepté de mil amores.

Y es ahora, al enfrentarme al papel en blanco —blanco como una túnica de Viernes Santo— cuando adquiero plena consciencia

del compromiso contraído. Pero ya es demasiado tarde. Demasiado tarde para renunciar a sacar yo solo todo el paso, a cargar con todo el peso de este Pregón. Y es ahora, sí, cuando se me viene encima toda «La Soledad» de golpe, cuando toda la procesión, todas las procesiones de mi vida se me acumulan aquí dentro. Y ya presiento que sacar adelante este Pregón va a ser demasiado para mí, pues apenas cuento con la vehemencia irrefrenable de un hombre que ama su tierra y sus orígenes, pero dudo mucho que eso sea suficiente.

Ganas me dan de pedir ayuda, de solicitar urgentemente, en esta hora sin nadie, que medio Rioseco eche una mano, y el otro medio arrime el hombro a este Pregón que ya empieza a pesarme como un paso atravesado en algún lugar del alma. Y no es que me arrepienta, no, es que necesito saberme acompañado para ir sacando limpiamente la palabra precisa, la piedra preciosa, la voz a ti debida de que hablaba el poeta. Y no es cosa fácil, no lo es al menos para mí.

En esta ocasión más que nunca he de encontrar la voz ensimismada, pero dónde, dónde hallar la voz que todo lo explica con sencillas palabras transparentes.

Imagino, Soledad, el tamaño de tu sorpresa cuando me hayas visto aparecer aquí, cuando hayas descubierto quién de los tuyos era el elegido. Intuyo en tu gesto una expresión mitad de asombro mitad de perdónale Señor. Una sonrisa —imperceptible para los más, espero— como diciendo:

—¿Pero eres tú? Pero hombre, por Dios...

Con lo que tú y yo hemos hablado, Soledad; si te he ido contando mi vida y mis desvelos año tras año, de un Viernes Santo a otro Viernes Santo. Imagina pues que soy otro. Imagina que el que habla es un desconocido para ti. Ya sé que te debo una explicación de mi presencia aquí, de mi atrevimiento, de mis palabras y de mis silencios. Lo sé, lo sé, pero ya hablaremos tú y yo, a solas y en voz baja, como siempre.

Ahora es a mis paisanos a quienes debo entregarles la palabra.

Y lo voy a hacer tratándoles de tú y en confianza, sin levantar mucho la voz, casi como hace una confidencia a un reducido grupo de amigos al amor de la lumbre, a esa hora de nadie suspendida entre el atardecer y el anochecer: esa hora extraviada del ocaso en que los relojes dejan de latir y es el corazón quien marca la cadencia de las cosas.

Yo sé que debiera respetar la preceptiva que exige el protocolo y ajustarme a la norma de tratamiento que debe imperar en un acto como éste. Yo sé que mis palabras deberían ir precedidas del obligado «Excelentísimos señores, Ilustrísimas autoridades, Vara

Mayor, etc., etc». Sin embargo, como me conocéis de toda la vida, sé que me vais a disculpar si me tomo la libertad de dirigirme a todos vosotros de esta otra manera:

Mis queridos amigos: voy a hablaros de Rioseco y de nuestra Semana Santa del alma.

Como yo no soy quien para elucidar los grandes misterios teológicos —doctores tiene la Iglesia— os voy a hablar de cosas mucho más sencillas y cercanas. Os voy a hablar de aquello que todos entendemos por el solo hecho de ser de este lugar, de haber crecido a la sombra de esa torre más grande que la historia.

Me pregunto —y os pregunto— qué tendrá para los riosecanos esta Semana Santa nuestra que, llegado el momento, una y otra vez a todos nos reúne. Qué poder, qué extraño magnetismo ejercen sobre nosotros esos pasos grandes y esa torre esbelta y esos soportales que no sé ni cómo aguantan el peso de los siglos.

Mirad, desde los diez años he estado marchándome y volviendo a Rioseco.

Pues bien, desde los diez años vengo sintiendo la misma sensación cuando se aproxima la Semana Santa (y os hablo de mí, y os voy a hablar de mí porque, parafraseando al filósofo, soy el riosecano que tengo más cerca). Esa sensación estoy seguro que muchos de vosotros la conocéis tan bien o mejor que yo. A medida que la Semana Santa se acerca por el calendario, va creciendo, como una pleamar, ese estado de ánimo, esa ansiedad antigua y conocida que no nos deja otra salida que la de el regreso. Volver, volver a Rioseco, esa es la consigna de la sangre.

Y es que a la Semana Santa de Rioseco se la ve venir. Casi diría yo que se la oye venir, se la presiente con antelación. Antes de que las túnicas se empiecen a planchar, ya estoy percibiendo esa llamada oscura y remotísima como de un navío ciego que cruza lentamente por las venas. Vosotros sabéis bien de lo que hablo. Es algo muy antiguo que me viene no ya de mi pasado: me viene de los antepasados. Es la llamada del pardal, acerada y desabrida, que cruza como un cuchillo temblando por la sangre, que atraviesa por todas las generaciones que me precedieron, que pasa por mi niñez y adolescencia riosecanas, que se apodera de mi juventud y que llega hasta aquí, hasta el mismísimo borde del presente. Es la necesidad, incluso física, de reencontrarnos con lo esencialmente nuestro, con todo aquello que con el paso del tiempo se ha ido sedimentando en el fondo del alma riosecana. Y es en ese fondo donde, con toda certeza, nos reconocemos, nos identificamos, porque en él se acumula la vivencia y el sentir de todo un pueblo.

Ahí abajo, en las profundidades de nosotros mismos, es donde

duerme nuestra memoria colectiva. Y es esa región sombría del alma la que se ilumina un instante a la luz de las candelas de la Semana Santa. Y ese es el recinto clausurado que yo deseo abrir si doy con la palabra. Es ahí donde quería llegar, y entrar solo y a ciegas en la oscura noche del alma riosecana. Ahí abajo, en lo más hondo y más oscuro, es donde quiero ensimismarme y pegar el oído al corazón, y escuchar esa música remota que discurre como un río lentísimo de fuego por el pecho. Ahí, ahí estoy a solas, centinela de mí mismo, esperando que surja el paso, y el resplandor del Cristo me deslumbré y me haga ver a ojos cerrados lo que hay en lo más hondo, lo que alimenta nuestra memoria emocional y antepasada.

Un poco de luz, sólo pido un poco de luz entre las manos para poder entender en qué consiste ese temblor que siento desde niño —incluso antes, a ser posible antes— cuando la Semana Santa me invade las arterias. Quiero saber, quiero saber el qué y el porqué de esa ansiedad, de esa angustia gustada o amoroso tormento del que nos habló, allá por el siglo XVII, Sor Juana Inés de la Cruz. Quiero saber en qué consiste ese trallazo que siempre sucede por sorpresa. Por sorpresa, sí, como por sorpresa llega el amor, como la inspiración llega por sorpresa... después de horas y horas de trabajo en un poema que ya habíamos dado por perdido. Por sorpresa, claro, pero después de mucha Semana Santa dentro, de muchos Nazarenos de Santiago y Santa Cruz hundidos desde niño al fondo de los ojos. Sucede por sorpresa, es cierto, pero a condición de tener tanto Rioseco dentro que desborda.

¿Y cuándo sucede ese trallazo por sorpresa? Quizá cuando, definitivamente, no tiritan azules los astros a lo lejos, y uno se queda sin motivo alguno mirando fijamente la llama oscilante de un farol a pie de paso, y como por encantamiento uno deja de oír los ruidos, el murmullo, la salmodia monocorde de las letanías, y se ensimisma uno, y siente que le está sucediendo lo indecible, mientras la mirada se deja abrasar gustosamente —«con llama que consume y no da pena»— por ese fuego mínimo que oscila en el farol.

O acaso, bien avanzada ya la procesión, por las últimas calles tan estrechas —cercano al Arco Ajújar— cuando el bullicio queda lejos y todo se ha vuelto serena intimidad; allí, quizás allí, en ese otro Rioseco profundo y sin fotógrafos, donde apenas se oye el inútil ladrido de un perro en lejanía. Y en ese instante de nadie alzamos la mirada al Cristo de la Paz. Y en medio de la noche le vemos más solo y más agónico, y más dejado de la mano de Dios que nunca. Y sucede que toda esa soledad —«esos brazos repletos de abandono», Fernando, amigo mío— se apodera de nosotros. Y, un instante, qué frío por el pecho, qué insoportable lucidez. Y hay como un dolor a

palo seco, un dolor que a todas luces no tiene explicación, y para el que nadie nos había preparado. Y allí, lejanos los ladridos, cercano el Arco Ajújar, bastan unos segundos para tambalearse, para caer derribado hacia adentro, y preguntarse tantas cosas que quizá empiezan a ser ya demasiadas. Pero también pudiera suceder que la luna de cobre, como un pan de miel, asome desnuda más allá de los páramos. Y hay tanta dulzura en ese instante de dolor... Se queda uno desbaratado y perplejo, entre la pregunta terrible que suscita ese Cristo en abandono, y toda esa belleza inexplicable que un astro apagado derrama sobre el mundo, sobre este pueblo nuestro que se nos cae a pedazos cada invierno. Y sin embargo hay belleza en él, en esa desolación de techumbres arruinadas y tapias derruidas; en ese muerto corral en que la hierba crece y cubre de verdura los escombros. Y sin embargo hay belleza en él, triste belleza, en esa cosa que Rioseco tiene, un tanto melancólica, de hidalgo que lo fue; en esas nobles casas grandes que se hundan sin remedio. Se nos cae el alma a los pies al contemplarlo. Pero alzamos la vista y el Cristo de la Paz —allá por las estrechas calles— parece comprenderlo todo, parece que es a él a quien se le ha venido el pueblo encima. Y aún así resiste, y lo soporta con toda la nobleza que cabe entre esos brazos.

—Señor ¿qué hacer en esta vida, cuando se ama lo que se muere? ¿Qué hacer cuando nos duele de este modo todo eso que sin remedio se nos va? Señor Cristo de la Paz ¿qué hacer cuando uno mira hacia atrás y, ya tan temprano, se le rompe el corazón, y no sabe uno hacia dónde mirar?

Respóndeme aquí dentro, Señor Cristo de la Paz.

Y cuando menos respuesta había, resulta que alza uno la vista —para que le dé el aire en los ojos— y ve la luna de ámbar elevándose más allá de los pinos, y es tanta la calma y la dulzura que ese instante vierte al corazón... He aquí la respuesta. En ese instante de música en los ojos, Señor de mis preguntas, lo hemos entendido todo. Lo hemos aceptado como es. Después de la tormenta el temporal amaina. Y llega la paz, la paz después de la batalla. Y ya todo fluye en calma.

Todo ha sucedido en apenas un instante, pero cuántas cosas caben en apenas un instante, cuánta pregunta sin respuesta y cuánta respuesta sin pregunta. Esos momentos sólo duran lo que un relámpago en el cielo. Es un fustazo de luz en carne viva. Es algo muy dulce y al tiempo muy amargo que nos aturde y nos sacude la entraña: que nos humaniza. Pero casi es más de lo que un hombre puede recibir y soportar. Vuelve la inevitable pregunta: ¿Dónde has estado, corazón, qué abismos has probado, qué revelaciones, qué

paisajes del alma y de la mente has visitado? Dime, dime la palabra exacta, la clave que todo lo explica, y déjame tranquilo de una vez por siempre.

Pero ya la sangre navega silenciosa con todos los secretos sumergidos. Ya es tarde para obtener respuestas. Y por más que le requiero al poeta de Moguer, la inteligencia se niega a darme el nombre exacto de las cosas. Haré un último intento en la búsqueda de la palabra reveladora. Para ello he de remontarme cuatrocientos años atrás y acudir a aquel frailecico menudo y frágil —para mí tan querido— que se elevó a las más altas cumbres de la poesía universal. Tengo, pues, que ir al encuentro de San Juan de la Cruz. Sólo él podía darme esta respuesta:

«Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.

Yo no supe donde entraba,
pero cuando allí me vi,
sin saber dónde me estaba,
grandes cosas entendí.

No diré lo que sentí,
que me quedé no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo».

¿Cómo explicar las cosas del sentir, cómo expresarlas? La palabra se acaba dando por vencida. Hay cosas que sólo se manifiestan en silencio, y en silencio fluyen, y en él se transparentan. Hay cosas, sí, que no se dejan pronunciar, y cuando el verbo intenta traspasar ciertos umbrales y entrar en ese ámbito secreto —anillo de fuego puro— entonces, lo que en silencio era visible se oculta, se sumerge, se desvanece como por ensalmo... y tratar de expresarlo es como pretender atrapar la niebla con los dedos. Se queda uno derrotado, inoperante, preguntándose el qué y el porqué de lo indecible.

Pero estaba yo tratando de desvelar el contenido de un instante. Nada más y nada menos que la materia intangible de un instante atronador. Decía hace un momento, refiriéndome a esto mismo, que es más de lo que un hombre puede soportar. Pero, cuando ese fustazo en las entrañas nos sacude ¿somos un solo hombre o, por el contrario, en cada uno de nosotros hay una multitud? Estoy por afirmar que hay un momento en la Semana Santa —cada cual tendrá el suyo— en que se desata como el rayo toda la memoria inconsciente y colectiva de este pueblo, y como el rayo, un segundo nos hiere y nos deslumbra. Y por un segundo ya no somos uno: es como si fuéramos

legión. Porque ahí abajo, en el fondo ciego de nosotros mismos, se yergue toda la emoción de cuantos aquí vivieron. Y es en ese preciso momento de nuestra Semana Santa en el que el corazón entra en maremoto, cuando siento, o presiento, que ellos, de alguna manera, están aquí: están en mí, están en ti, y en ti, están en nosotros. Cómo explicar si no tanta intensidad de un solo golpe, tanta conmoción para un hombre solo. Ese pequeño vértigo instantáneo, esa fulguración que de pura lumbre nos deslumbra, no puede ser cosa de uno: ha de ser cosa de tantos y tantos como aquí vivieron. Porque en Semana Santa, aquí en Rioseco, algo de ellos, de nuestros antepasados, no se ha ido del todo para siempre, algo de ellos —no sé qué, pero algo— reaparece en estas calles que pisaron, en estos pasos nuestros que sus ojos miraron hasta el desgaste, en estos barbechos —campos de soledad— por los que a fuerza de sembrar y de mirar al cielo se les fue yendo la vida.

No, no se han ido del todo. Algo de ellos ha quedado en el aire, el aire de Semana Santa. Por eso digo que en Jueves y Viernes Santo, cada uno de nosotros es legión: estamos habitados de ayeres que, en buena medida, ni siquiera hemos conocido.

Yo sé que lo que digo es una interpretación un tanto mágica o poética —no científica— del hombre y de su historia, pero yo no estoy hablando de filosofía: estoy hablando del sentir, que es la otra forma del pensar. Y es aquí cuando viene al caso traer las palabras atinadísimas de un gran poeta del pensamiento. Dice José Bergamín: «Sentir es pensar... temblando». Y eso es precisamente lo que estoy tratando de comunicaros, incluso, por qué no, de contagiaros. Contagiaros mi propio sentir, mi pensamiento tembloroso. Y ahora sí, las palabras me brotan torrenciales, y siento como si no fuera yo el que hablara, como si fueran otros los que hablaran por mí, los que transitaran por mi sangre veloz y constelada de vidas. Brotan las palabras, sí, fluyen gozosas, y siento que son muchos —muchos— los que están aquí, y muchos los que perciben, o alguna vez han percibido, esta misma vibración. ¿Vibración religiosa, telúrica, ancestral, genética? No lo sé, yo no lo sé. En cualquier caso, honda vibración humana.

Semana Santa en Rioseco. Pasan los pasos.

¿Sabéis por qué a los riosecanos nos llega y nos conmueve la Semana Santa? Claro que lo sabéis, por supuesto que lo sabéis. A los riosecanos nuestra Semana Santa nos aviva el sentir y nos sacude el ánimo porque nos da la medida del paso del tiempo. El paso de los pasos es el paso de los años. Y como si de un eterno retorno se tratara, parece que todo vuelve en Semana Santa. Mil veces hemos visto salir y entrar esos pasos que conocemos hasta en el más

mínimo detalle, y sin embargo, todos volvemos y volveremos una y mil veces más a verlos nuevamente. Quizá esté equivocado pero, tengo para mí que, consciente o inconscientemente, acudimos a nuestras procesiones año tras año, en buena medida para ver volver, para tener la sensación —al menos la sensación— de que algo de nosotros mismos vuelve en Semana Santa.

Todos los riosecanos, desde niños —o incluso antes, a ser posible antes, como quería Francisco de Quevedo— hemos vivido nuestras procesiones y todo lo que las rodea de un modo intransferible. Año tras año vuelve la misma Semana Santa a nuestras vidas. Y cada vez es como si volviéramos a empezar. Pero empezar hacia atrás: desde el mar hasta la fuente, no de la fuente hasta el mar. El tiempo, claro, sigue su curso, y somos conscientes de ello —he ahí el drama y la grandeza del hombre— pero una vez al año, aquí en Rioseco, se produce como una momentánea abolición del tiempo, y regresamos al punto de partida. Siempre al mismo punto, siempre al mismo tiempo detenido fuera del tiempo. Es el viejo e imposible anhelo del hombre: detener el río de las horas, bañarse dos veces en las mismas aguas. Pero eso, desde los tiempos remotos de Heráclito el Oscuro sabemos que no es posible: eso sólo sucede, y en muy contadas ocasiones, como sensación. Cierto, lo sabemos, pero aún así lo anhelamos. Y todas las Semanas Santas sentimos que por un instante el mundo se detiene, la vida hace una pausa, y volvemos a vivir lo ya vivido, a vestir las mismas túnicas, a repetir los mismos recorridos, y la luz es la misma, y a la misma hora suena esa misma música, y nos volvemos a quedar paralizados, suspendida el alma, cuando empiezan a salir los mismos pasos grandes. Por un segundo todo el pasado nos alcanza. Y en ese mínimo lapso hay como una lentificación del tiempo en que vemos nuestra vida volver, en que todo sucede igual que sucedió hace cinco, diez, cincuenta años. Y hay una tal condensación emocional que apenas puede durar lo que dura un parpadeo. Pero cuánta ebriedad y cuánta vida cabe en un solo parpadeo.

Enseguida volvemos al presente, y ya todo echa a andar ante nosotros, y todo fluye, y las aguas del vivir siguen su curso natural, y las horquillas resuenan en nuestros oídos secas, duras, con todo el peso de los pasos en las losas. Pero una vez más, por un instante hemos regresado, el tiempo ha dejado de latir por un instante. He ahí el milagro.

Semana Santa en Rioseco. Pasan los pasos: miradlos. Y mirad cómo la multitud los mira. Mirad cuántas miradas de hombres y mujeres hay en ellos. Y cuántas ha habido. Igual que una caracola lleva dentro el mar, el recuerdo del mar —y no tiene uno más que acercársela al oído para escuchar el oleaje—, igual que la caracola

esas tallas llevan en los ojos todas las miradas que se han posado en ellas: miradas de súplica, miradas de perdón, miradas de duda, miradas que dan las gracias por las plegarias atendidas, miradas que se despiden, miradas nuevas que estrenan sus primeras emociones, miradas en fin en las que va la vida con todo su equipaje de sueños y decepciones, con la fe ciega en el futuro del que mira, con la melancolía del que tantas veces ha mirado, con la perplejidad del que no sale de su asombro al comprobar que la misma emoción acude una y otra vez a sus ojos. Mirad esos pasos tan llenos de miradas. Y mirad a los ojos de los niños. Ojos muy abiertos, como pozos de asombro, de pasmo, acaso de un cierto temor. Mirad a los ojos de esos niños porque este momento entre dos luces en que un paso les llena por completo la mirada... este momento no lo olvidarán jamás.

Ay, de ti, niño que desde la calle o algún balcón abierto, o acaso desde lo alto de un viejo mirador, estás viendo pasar por tu niñez la procesión. Ay de ti, porque antes de que parpadees, o digas tengo frío, habrás sido atrapado para siempre por estos pasos nuestros que ya empiezan a ser tuyos, por esta luz que hierve de miradas encendidas, por esta abigarrada multitud. Yo te diré, niño, lo que ha de sucederte de ahora en adelante: vas a crecer deprisa. Pronto serás cofrade y tendrás tu propia túnica que unas buenas monjas hicieron para ti. O acaso la heredes como yo la heredé. Y en un abrir y cerrar de ojos habrás crecido tanto que ya podrás al fin sacar el paso. Y la noche anterior casi no podrás dormir —¡Dios mío, sacar el paso: mi adolescencia!— Y luego un año y otro y otro más. Y si vives aquí en tu pueblo, como si vives lejos de él, volverás, siempre volverás. Pasarán algunos años y llegará ese anochecer de Jueves Santo en que a tu lado, y muy cogido de tu mano, habrá un niño con los ojos abiertos, muy abiertos, como pozos de asombro, de pasmo, acaso de un cierto temor. Le mirarás sin hacer ruido, sin que el niño se dé cuenta, y te estarás viento a ti mismo tal como eras, tal como eres en este mismo instante en que aún no has crecido y un paso te llena la mirada por completo.

Todo esto te ha de suceder a ti, pero todo esto tú aún no lo sabes: lo irás sabiendo con el tiempo. Y con el tiempo quizás descubras lo que en el tiempo hay de irreparable, y tal vez, sólo tal vez, la mirada de niño que ahora hay en tus ojos se irá cargando cada Semana Santa de una serena, razonable melancolía. Pero ahora, niño de Rioseco, no es momento de que yo interrumpa tu mirada absorta; que entre tus ojos y el paso no se interponga ni una palabra mía; que nada ajeno a tu limpiísimo mirar siquiera roce lo más mínimo este momento sólo tuyo. Siente, muchacho, siente, que los pasos ya te empiezan a llegar.

Dejadle, dejadle mirar de frente, que tiempo tendrá el muchacho de volver la vista atrás. Dejadle, dejadle mirar...

Olvidaos ahora del muchacho y del bullicio, olvidaos del frío y los fotógrafos, y de las caras conocidas, olvidaos de todo unos minutos y miradle a los ojos a esta Virgen nuestra de tanta soledad. Mirad a esos ojos que preguntan por qué al cielo. Si os fijáis bien en ese rostro veréis que no es el suyo un dolor sobrenatural, que no es la expresión de un ser inalcanzable, de una divina postestad. No. Es ésa una mirada de tamaño natural, es la mirada de alguien que está sufriendo con dolor humano. No encontraréis aquí un dolor de éxtasis, ni tampoco el dolor martirizante que enajena y sobrepasa la humana condición. Lo que hay en ese rostro es un dolor tan nuestro, tan de aquí abajo, que se le entiende todo. Es el dolor hondo y sereno de quien sabe que va a llevar, ya de por vida, esa pura pena de madre que se ha quedado huérfana de hijo. Por eso la llamamos Soledad. Hay otras, quizá más majestuosas, quizá más importantes, de una mayor riqueza artística, pero ésta, a la que llamamos Soledad, es más cercana, más comprensible, más de andar entre nosotros. Tan es así que se le puede hablar con toda confianza. Y de ello más de uno podrá dar buena fe.

Como habréis podido ver no he cantado en este Pregón a las grandes tallas y al escorzo, ni he entonado el panegírico a los maestros de la imaginería barroca, tan admirables sin duda. Tampoco he pintado los cielos de cárdenos crepúsculos, ni he reflejado resplandores sobrenaturales, ni he traído a la palestra sonoros efectismos de campana y tapetán. Apenas he dispuesto de escenografía. Voluntariamente he renunciado a la grandilocuencia, a la polifonía lujosa de probada eficacia. Por el contrario, he preferido escuchar —y a ser posible hacer oír— esa otra música callada e interior que en raras ocasiones percibimos. Y es que esta vez la procesión ha ido por dentro.

Pero me vais a permitir que ahora saque la Semana Santa de Rioseco a la calle, la procesión tal como es, o al menos como yo siempre la he visto.

Si entre los presentes hubiera alguien que nunca haya estado aquí en Semana Santa, alguien que no haya tenido nuestros pasos delante de sus ojos, yo trataría de contarle cómo es, por ejemplo, un Viernes Santo en Rioseco a eso de las siete de la tarde.

Verás, amigo mío, ya largo rato que esta plaza —a la que aquí llamamos el Corro de Santa María— ha ido poblándose de gente. Entre esta multitud hay una blanca proliferación de túnicas y un general trasiego de cofrades. A estas horas la plaza es un hervidero. Arriba, en el Casino —el de los bailes de antaño y los espejos

dormidos— un tumulto de miradas busca una salida por los ventanales. Ya no se cabe en esta plaza. En los rostros hay algo más que expectación, hay ansiedad, hay una firme determinación de que suceda lo que ha de suceder. Todas las miradas ahora convergen en un punto: en esas grandes puertas cerradas a cal y canto. Algo es inminente en el aire. Y ahora sí, de par en par, se abren los dos grandes portones. Y allí dentro, en el pequeño recinto, hay una acumulación de humanidad y orgullo como no hayas visto nunca. Un seco golpe en la madera es la señal: veintidós hombres apretados, y alrededor un ciento de túnicas hermanas —la rodilla en tierra y la cabeza baja— empiezan a rezar. Silencio todo el mundo. «Padre nuestro que estás en los cielos...» Un golpe seco en la madera da la oración por concluida.

Y es entonces cuando esa música que llamamos «La lágrima» empieza aquí a sonar.

Es la música más triste y más hermosa y más emocionadamente nuestra que nadie pueda imaginar. Es esa música que todos los riosecanos llevamos dentro la que ahora empieza a sonar. Una música que se nos va metiendo adentro, más adentro, que nos hiere y nos gusta que nos hiera. Una música como un licor del alma, como un veneno lento que embriaga el corazón.

Abre bien los ojos, amigo visitante, porque vas a asistir a algo que para nosotros es emblemático, consustancial. Vas a presenciar algo que sólo aquí y nada más que aquí sucede. Vas a ver sacar nada menos que los Pasos Grandes de Medina de Rioseco.

¡Míralo! ¡Ahí está! Por esas grandes puertas que no cabe —que es que no cabe— empieza ya a asomar, despacio, muy despacio, la popa de esa nave formidable que aquí llamamos «Longinos». Ahí está: macizo y pleno como una catedral, como si un Monte Calvario quisiera salir por esas puertas.

—Pero, ¿será posible que salga por ahí?

Es posible, amigo mío, es posible porque la música suena y hay miles de ojos mirando con una fuerza tal, pero a la vez con tanto miramiento, que necesariamente el paso ha de salir. Ahí lo tienes. El paso está saliendo, y la música es el río por el que discurre lentamente este milagro. Y alrededor el pueblo se aprieta contra sí mismo. Y en ese instante en que la música se ensancha y rebosa todo el cauce y asoma por los ojos de los hombres... en ese preciso momento hay una voz enérgica que exige: —¡Más abajo!

Y el paso obedece y baja más abajo. Y la música lo invade mansamente todo. Y aquí nadie se mueve porque la voz de hierro impone:

—¡Quietos ahí!

Y un instante el mundo se detiene, la vida se detiene, y arrecia en el alma el huracán de las estrellas, y el corazón golpea, y golpea... y tú no puedes imaginar lo que se siente.

Tú, como persona probablemente analítica y racionalista que eres, quieres entenderlo todo llevándolo al terreno de la Lógica, y no al de la Poética. Ese es tu error. Porque sabrás, amigo mío, que cada Jueves y Viernes Santo este pueblo se echa a la calle para escribir y celebrar su propio poemario. Y cada cofrade es un verso, y cada paso una estrofa, y cada procesión es un poema que se escribe por las calles.

Pero tú todavía no te has dado cuenta de ello. Y quieres dar nombre a todo cuanto has visto. Quieres dar nombre a todo esto pero no aciertas a nombrarlo debidamente. Y eso te desconcierta y te desasosiega. Y te vuelves hacia mí preguntándome: — Pero ¿esto qué es? ¿Esto que yo he visto es religioso o es profano, es fe o es paganismo, es liturgia o espectáculo. Qué es?

Es todo eso, amigo mío, todo eso y algo más.

—Pero eso no puede ser, eso es inconcebible, no hay palabras que lo expliquen, no hay un nombre para ello.

Te equivocas. Esto sí tiene un nombre: esto se llama Rioseco, Semana Santa en Rioseco.

Una Semana Santa que viene sucediéndose a sí misma desde hace muchos, muchos años, y que va a seguir haciéndolo muchos más. Entre otras razones, porque los riosecanos la necesitamos, porque nos da de sentir y de vivir. Es por eso que año tras año la renovamos, porque la Semana Santa de Rioseco, a su vez, nos renueva en nuestro riosecanismo medular. Y aunque solo fuera por el instinto de supervivencia emocional de un pueblo, tened por seguro que esta Semana Santa nuestra va a seguir viva. Mientras este pueblo siga siendo lo que ha sido y lo que es, mientras los riosecanos sigamos llevando dentro el orgullo de serlo, tened por seguro que esta Semana Santa va a seguir adelante. Irán cambiando las túnicas de dueño, y en las Cofradías los más jóvenes, los todavía hoy niños, ocuparán el lugar que durante años hemos tenido el honor de ocupar otros, y quizá los más veteranos digamos aquéllo de «estos de ahora no son como éramos nosotros», o bien, «la Semana Santa ya no es lo que era». Cosas de la nostalgia. Pero llegado el momento, se pondrán las túnicas, se bajarán las caretas, y sacarán los pasos con la misma emoción y el mismo orgullo con que lo hicimos nosotros.

Llegado a este punto, si me lo permitís, quisiera dedicar unas breves palabras a mis compañeros, a los compañeros de «La Soleidad», con los que vengo compartiendo mantel, paso y amistad desde hace algunos lustros.

Mirad, amigos míos, yo sé que va a ser duro, así que pasen unos años, comprobar un Viernes Santo que ya no seremos nosotros los que ocupen nuestros puestos. Después de tantos años de túnica y medalla, nos va a costar reconocer que sean otros los que saquen la cadena. Nos va a doler la mano de no apretar la horquilla, de no llevar entre los dedos el clavel, como hemos hecho siempre al concluir la procesión. Nos va a doler, lo sé. Pero nos quedará el consuelo de que los que vengan detrás se van a parecer mucho a nosotros. Aunque sólo sea en Viernes Santo se nos parecerán, hasta el punto de hacernos creer por un momento que somos nosotros, los de entonces, los de ahora. Serán otros, claro, pero cómo se nos parecerán. Estoy seguro de que al verlos levantar el paso sentiremos la vieja emoción y el viejo orgullo de siempre. Y, aunque sean otros los que a «La Soledad» lleven a hombros, nosotros la llevaremos toda la vida en algún lugar del corazón.

En fin, mis queridos amigos, mis paisanos entrañables, quedad tranquilos: la Semana Santa de Medina de Rioseco va a seguir viviendo en los hombres y en las mujeres de esta tierra. Por una razón muy sencilla, porque nos va mucho en ella.

Es por eso que no quiero poner punto final a este Pregón sin pedir algo que considero estrictamente necesario: llevad a vuestros hijos y a vuestros nietos a ver salir los pasos. Llevadlos de vuestra mano a que vean, y palpen, y oigan la Semana Santa como sólo los niños saben hacerlo. Y que el sonido de las horquillas, y el color de las tallas, y el olor de la cera se les meta en el alma. Llevad a los niños a vivir nuestros pasos. Para que se enraícen, para que crezcan con algo nuestro dentro. Y cuando ese niño sienta eso mismo que sentisteis vosotros, y sintieron vuestros mayores, cuando ese niño empiece a notar que algo está pasando en su interior, y os pregunte con los ojos muy abiertos, como diciento: ¿Esto qué es? Cuando eso suceda, vosotros le responderéis:

—Hijo, esto sólo tiene un nombre. Esto se llama Rioseco, Semana Santa en Rioseco.

LUIS ALONSO GARCIA





Obra Cultural
**CAJA DE AHORROS
POPULAR**